



EDITORIAL

Listas de espera

Las listas de espera se han convertido en uno de los síntomas más visibles -y más dolorosos- de los sistemas de salud. No se trata solo de números en un registro ni de estadísticas que se actualizan periódicamente; detrás de cada caso hay una persona cuya calidad de vida se deteriora mientras aguarda atención. Esperar, en salud, no es neutro. Cada día que pasa sin diagnóstico o tratamiento puede significar el avance de una enfermedad, el agravamiento del dolor o la pérdida de oportunidades de recuperación.

En ese sentido, el tiempo deja de ser un recurso administrativo para transformarse en un factor clínico determinante. Las listas de espera, por tanto, no son únicamente un problema de gestión: son un problema humano.

El origen de esta situación es complejo. La falta de especialistas, la limitada infraestructura, la mala distribución de recur-

sos y falta de estos, en muchos casos, una gestión ineficiente, configuran un escenario en el que la demanda supera con creces la capacidad de respuesta. A ello se suma el



Reducir el debate solo a la escasez de recursos es insuficiente. Hay que buscar soluciones”.

envejecimiento de la población y el aumento de enfermedades crónicas, que presionan aún más a sistemas ya sobrecargados. Sin embargo, reducir el debate solo a la escasez de recursos es insuficiente. Hay que buscar soluciones.

También es necesario cuestionar cómo se priori-

za, cómo se organizan los procesos y qué rol juegan la transparencia y la rendición de cuentas. La opacidad en los criterios de espera alimenta la desconfianza ciudadana y la percepción -a veces justificada- de inequidad.

No es aceptable normalizar que miles de personas vivan en una especie de pausa forzada, donde su bienestar depende de un turno que no llega. Por lo mismo, es importante buscar las mejores opciones para que enfermarse no signifique esperas eternas o endeudarse en tratamientos impagables para millones de chilenos.

Un sistema de salud digno no se mide únicamente por su capacidad tecnológica, sino por su oportunidad de respuesta. Abordar las listas de espera no es solo una cuestión técnica; es un imperativo moral. Porque cuando la atención se retrasa, no solo se acumulan pacientes: se acumula sufrimiento.